

*Clara Lucía Calvo**

Frente al mar que no te alcanza de Helena Iriarte: entre la soledad y el abandono

Antes de comenzar a revisar la novela en cuestión, se hace necesario introducir a su autora. Se trata de la escritora y profesora universitaria Helena Iriarte Nuñez, nacida en Bogotá en 1937. Formada entre libros y para los libros, su vida familiar ha transcurrido en medio de tertulias, meditaciones sobre la ciencia y el arte, entre sus escritos y los de sus hermanos, Amalia y Alfredo, quienes también se han dedicado a la literatura y al pensamiento. Primero, como aquel contemplativo y estético, y luego, como el que ha potenciado cada una de sus vidas hacia la docencia universitaria, la investigación y hacia la escritura creativa y la crítica literaria.

Su figura sexagenaria y su apacible semblante prefiguran la bondad de una persona honorable. En su conversación, amena por demás, manifiesta el conocimiento de una extensa y profunda lectura de temas históricos, artísticos y filosóficos en donde el dominio de los clásicos enmarca su bagaje cultural. Precisamente, ha hecho de la cultura clásica la expresión de su forma de vida, a través de una cátedra, profunda, brillante y reflexiva. Con su mirada cálida, ennoblece la gentileza de sus rasgos y por sus ojos desborda el torrente de una extrema sensibilidad y la exultante humanidad que la conforma. Su ser sensible vibra no sólo con el anhelo de conocimiento sino que identifica fácilmente el sufrimiento de sus congéneres, del entorno que la rodea. La injusticia so-

* Magíster de Literatura y Profesora de la Carrera de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

cial, las condiciones de extrema pobreza, el analfabetismo, la guerra, la intolerancia, las masacres y sus consecuencias de desplazamiento forzoso, la conmueven hondamente y la impulsan a seguir cultivando valores universales y el humanismo, legado por los griegos, a través de la enseñanza que imparte a los jóvenes en las aulas universitarias donde enseña.

Son precisamente las representaciones de la condición humana en sus estados sensibles los motivos de sus textos narrativos: cuentos, relatos y novelas. Ha publicado varios relatos en revistas colombianas, *Pluma*, *Quimera*, y dos novelas: *¿Recuerdas Juana?* (1989) y *Frente al Mar que no te alcanza* (1998). Paralela a su labor docente, ha publicado varios ensayos literarios difundidos en revistas especializadas y ha dedicado una exquisita labor editorial, para la elaboración de textos y corrección de estilo, los cuales realiza para reconocidas empresas del mundo editorial.

Ahora bien, los relatos, *¿Recuerdas Juana?* y *Frente al mar que no te alcanza*, pueden considerarse dentro del género de "nouvelle" o novela corta, poco cultivada entre los escritores colombianos, salvo algunas excepciones como *El coronel no tiene quien le escriba* o *Crónica de una muerte anunciada* de G. García Márquez. No obstante, la novela corta ha sido una forma literaria acogida por los nuevos y recientes escritores de hoy: Gabriel Pabón, Jorge Franco Ramos, Rodrigo Argüello, Mario Mendoza, entre otros.

A propósito de la primera publicación de Helena, *Recuerdas Juana*, Samuel Jaramillo señala su elección por la forma narrativa breve, así:

Diferente tanto del cuento como de la novela, no puede apoyarse ni en la contundencia argumental del primero, ni tiene el espacio ilimitado de la segunda: en muy pocas palabras se tiene que plasmar ya no una atmósfera o un evento aislado, sino procesos más complejos que al mismo tiempo deben conservar una unidad substancial (20).

Más adelante, S. Jaramillo se refiere al acierto logrado en la novela, el cual está dado por el uso de la palabra precisa, por la referencia a un estadio universal de la naturaleza humana y por el exquisito refinamiento otorgado al lenguaje, justamente desde una forma narrativa que no permite la ampliación o el regodeo gramático:

Helena Iriarte evidencia además otra propiedad que desafortunadamente es cada vez más rara entre nuestros narradores: la disposición de un discurso elegante, sugestivo, rico, que va más allá de esa manía por el argot y los localismos que se ha vuelto plaga en el medio (20).

Además, *¿Recuerdas Juana?* participa de una construcción narrativa singular. El espacio y la atmósfera novelesca recrean la acción y los sentimientos que van recorriendo a Juana entre el paso sosegado de la mañana y la febril luminosidad de la tarde. R.H. Moreno-Durán, a propósito de la novela, entreveé no sólo una perfecta simetría espacial, sino la formación de una sostenida pulsión lírica:

Si algo hay que destacar sobre el denso, entrañable panorama afectivo que depara la lectura del relato *¿Recuerdas Juana?* Es la bien sostenida pulsión lírica. La misma división temporal de la anécdota ratifica en todo momento una feliz simetría: dos partes —mañana, tarde— que sintonizan a cabalidad con el ánimo de la historia: el nacimiento de la fea Juana y la muerte del padre.

Ese juego de unir atmósferas con espacios a través de un hilo conductor como la historia de los recuerdos de Juana en un particular uso del tú como voz narrativa, dan como resultado el profundo lirismo marcado por la nostalgia y la melancolía de Juana en un intenso y vívido recorrido por sus recuerdos y su historia más profunda. Adjetivos como intensidad, profundidad, vehemencia, fuerza, son los que mejor describen el vigor de la narración y del estado del alma de la protagonista. Por eso, dice Moreno-Durán, el relato está insuflado de una “alta dosis poética”:

Pero esta división, esta simetría, este lirismo acendrado y raro en nuestra narrativa, se ven hábilmente manejados gracias al empleo de un punto de vista pocas veces invocado entre nosotros la segunda persona del singular. Y es desde ese persistente *tuteo* como el aliento lírico se apodera del texto, insuflándole a la historia una alta dosis poética. Y ¿qué es la historia? Una reflexión sobre la vida de Juana, vista desde el fuero interno de una voz evocadora y sutil, como esas letanías que cruzan por las calles de La Candelaria o las campanas de las iglesias de El Carmen, La Tercera y La Veracruz.

Justamente, nueve años después de la aparición de *Recuerdas Juana* (1989), publica *Frente al mar que no te alcanza* (1998), con los recursos estilísticos característicos del primer texto: por un lado, compresión de las palabras, brevedad en la forma, pletórica de sentido y elaboración de un lenguaje cultivado, rico en imágenes sugestivas. Por otro lado, la expresión de los primeros temas recreados, se vuelven decisivos y profundos en su segunda novela: vigilia, soledad, sueño, recuerdos, evocación de la infancia, todas ensoñaciones recurrentes, de las cuales Helena Iriarte tiene mucho que decir, profundizando en algunos ya tratados, describiendo otros, con total adecuación entre la significación y la forma en una penetrante tonada, melancólica y etérea.

Asimismo, las imágenes de las carátulas de ambos libros son más que sugerentes de sus contenidos. En *Recuerdas Juana*, el dibujo de una niña negra quien camina sola por un corredor de puertas cerradas, delinea la significación que la novela evidencia. En *Frente al mar que no te alcanza*, la bella imagen del mar encuadrada en un crepúsculo fluido entre la atmósfera del día y los matices oscuros que van tornando el azul y el blanco en noche, sugiere que la mente se alargue y la mirada se agrande para escudriñar en el horizonte lo que el alma ya no puede vivir. En palabras de la protagonista, la lejana línea que une mar y cielo logra que su espíritu se exprese así:

Paso muchas horas en la playa o en la terraza del hotel mirando esos barcos oscuros como sombras que separan cielo y mar; algunos no se acercan; en la oscuridad sólo se ven sus luces y al amanecer ya se han ido; fueron apenas un lento pasar paralelo al horizonte que lo ojos dejan ir (33).

Las tenues luces del puerto y de los barcos en alta mar no pueden ser más que análogas imágenes del estado del alma de los seres representados, quienes con nostalgia contemplan el paso de la vida, de los años y con ellos la inescrutable sensación de los afectos perdidos, de los seres añorados y nunca recobrados, porque la muerte, en su implacable paso por la vida, arrebatada de las manos y sin explicación, personas tan amadas y tan entrañables como fueron la madre, el padre, los hermanos o la abuela, dulces seres que dieron calor y vida a los menudos cuerpos infantiles. Personas que llenaron de alegría y vitalidad las estancias, ubicadas ahora en el pasado: “Y pienso que así debería el alma apartarse para no sentir pena por lo que ya no está” (33), dice María Francisca, la protagonista de la novela, evocando sus sentimientos más profundos. Angel Nogueira Dobarro expresa un mismo sentido sobre la ausencia, a veces obligada, de los seres queridos, a quienes sólo es posible rescatar a no ser por la acción vívida de la memoria, recreada en la novela:

Nos es difícil comprender cómo es posible no estar con quienes amamos. Por eso acudimos a la literatura como consuelo de nuestras ausencias y reconstrucción de la memoria. Y es precisamente en el sueño, en la imaginación donde encontramos la presencia indefectible que la realidad nos niega. ¿Cómo es posible amar a alguien y no poder convivir con él?

Pero, continuando con la idea de la tarde y del horizonte marino, Blanca Inés Gómez Buendía, crítica literaria, ha expresado una idea que sintetiza la simbiosis existente entre la tarde y la emoción que despierta en el alma humana, tal y como se puede relacionar el mensaje sugerido en la ilustración crepuscular de *Frente al mar que no te alcanza*, que acompaña la portada de la obra con la descripción del tiempo en *¿Recuerdas Juana?* :

La tarde es la evocación nostálgica de los recuerdos, pues ella es el encuentro con la enajenación y la inconsciencia, es el espacio del recordar... En ella, todo se aquieta (66).

Simbología bien importante en la historia literaria y artística mundial, ya que se trata de la tarde que se roza con la noche, la que inquieta y ensueña la mirada. La tarde, plena y radiante, abierta en toda su magnífica luminosidad después del mediodía, no permite crear un espacio de sueños y melancolías furtivas. Las líneas son claras y las siluetas bien delineadas; la luz y la atmósfera diáfana penetran todo.

El símbolo que despierta la imaginación es la tarde referida, entre el término del día y el comienzo de la noche; es la tarde crepuscular, vespertina, anfitriona del descanso, de la quietud y del reposo necesario después del trajín diario. Para el hombre laborioso representa el espacio merecido para descansar. Pero la tarde, la vespertina, también representa un símbolo para la ciencia. En el desarrollo y evolución del ser humano, el crepúsculo suele sugerir la madurez del hombre que ha adquirido la experiencia y la sabiduría en su recorrido por la vida. El hombre maduro, ha pasado de vivir una juventud rebelde, inexperta y precipitada, a una vida adulta donde ha acumulando experiencia y sabiduría. Cuando llega a la edad del crepúsculo, puede repasar su vida con tranquilidad y sosiego y enfrentar el horizonte de luz, tenue y semioscura que poco a poco va abriendo un resquicio, primero invisible, después luminoso como el anuncio de la noche eterna.

A ese espacio y momento del crepúsculo, semioscuro, poco visible y muy presentido, llega María Francisca al final de la novela. *Frente al mar que no te alcanza* está conformada por 28 cartas que María Francisca escribe a su hermana de crianza, Laura, y por dos cartas de respuesta a sus requerimientos de compañía: una de Laura y otra del padre de Laura. La mayoría de ellas no sobrepasan dos páginas, las que lo hacen, bordean 4 o 5 hojas. En total, la novela contiene 128 páginas, escritas en prosa, con encabezados propios del género, "Querida hermana".

En primera instancia, a través de las frases de apertura, las cartas manifiestan, el estado de ánimo de la protagonista y se convierten en indicio de sus contenidos. El "Querida hermana" expresa el tono vibrante y alegre del acontecimiento ocurrido a María F. Otras veces, las frases se inician con un tono de reclamo "Casi nunca me escribes, hermana" o con un lamento por su condición: "He estado enferma". Sin embargo, sobresalen aquéllos inicios que presagian la triste-

za y la nostalgia contenida en sus líneas, a través de un lacónico “Laura”. Con ello, María Francisca no está más que gritando sus vivencias de soledad, acompañadas sólo por los recuerdos felices que el tiempo no ha podido atrapar o por sus deseos malogrados que en la vida no se hicieron realidad.

El espacio en el cual María Francisca expresa sus sentires semeja el recinto cerrado de su cuarto, penetrado por la suave luz del día y aislado de la noche por la lámpara de luz artificial. Así, a través del espacio cerrado de la habitación se va conformando otro indicio que organiza el texto narrativo en una peculiar forma literaria, caracterizada por la estructura epistolar, en donde tiempos, espacios, acciones y personajes propugnan por independizarse de la forma de la escritura y auguran con tomar su propio rumbo.

Sin embargo, esa lucha entre la narración y los recuerdos vitales de la protagonista son recogidos y aglutinados en una atmósfera tan peculiar que sólo hacen pensar en el abandono y la abrumadora soledad que vive María Francisca. En este punto la obra adquiere su mayor logro y su mayor aporte estético: la decidida creación del espacio, calcado de los típicos acontecimientos que suceden a una vida familiar en una gran casona, va perdiendo su carácter de hogareña residencia, alegre, ruidosa y particular, para convertirse a medida que la escritura de las cartas va tejiendo los sucesos de la vida de María Francisca, en el estadio desolado y triste de la protagonista. Ella ha convertido su vida en dos extremos tensores, de movimientos ondulantes entre la contracción y la dilatación para crear el clímax narrativo : la soledad propiciada y el abandono en que cree haber vivido por la separación obligada de Laura y la ausencia de respuesta a sus cartas.

Lo mismo había sucedido en *¿Recuerdas Juana?* El espacio da el contorno particular a la obra, pero no la supera ni compete con ella. Sólo es el recinto para albergar los sentimientos que moldean alrededor de Juana una atmósfera que no la deja distinguir entre si su vida es un sueño o una fantasía, o mejor, el escape para una descarnada realidad. La muerte ha llegado a su vida y ya nada podrá volver a ser como antes. Samuel Jaramillo había expresado que el aporte de Helena estaba fraguado por la construcción elegante y sugestiva de su discurso, pero también, dice, porque a través del lenguaje, el espacio adquiere una dimensión trascendente, diferente a la cotidiana:

Y esta palabra con espesor, polisémica, juega un papel crucial para transitar en estas fronteras borrosas entre las realidades conectadas que constituyen su obra. Algo similar puede decirse de otro elemento destacado en su composición, el

espacio. Al mismo tiempo en que los acontecimientos se desarrollan en un continente físicamente tangible, este espacio tiene la particularidad de estar construido a la medida de la ficción, de esta fabulación concreta, disparando lo narrativo a un nivel más general y más trascendente, lo que emparenta a *¿Recuerdas Juana?* con la mejor tradición de la narrativa neo-fantástica (20).

De igual manera, Blanca Inés Gómez otorga al espacio construido en el primer texto, la significación que adquiere en la segunda novela: un espacio extrapolado entre el recuerdo y la ensoñación por medio de la memoria de Juana:

Con Juana recuperamos el espacio encantado de lo maravilloso y su imagen al mirarse en el espejo, mágicamente reúne todos aquellos personajes que han poblado el mundo de los niños, con su canción favorita y aún con su manera de caminar; trabajada como una pálida acuarela la novela diluye el mundo de los recuerdos y de los sueños y hace imprecisa la memoria (66).

Este logro sólo es posible por el dominio elaborado y meditado del lenguaje. En *Frente al mar que no te alcanza* la brevedad de las cartas es sinónimo de contingencia, de esencia y vitalidad. Conllevan un sentido primordial en cada palabra, en cada reflexión que las componen: “Laura, Laura. Te estoy llamando a gritos porque es necesario, para que me escuches, ir rompiendo una a una las capas del aire y la más densa que es la de la muerte” (131).

No se trata de una novela convencional. Se trata de un texto de lo que se ha llamado “género epistolar”, diferenciado de la forma novelada como tal. Este género supone la participación de varios personajes en el tejido pues la carta o epístola expresa el sentido de la comunicación: emisor, receptor y mensaje. Sin embargo, *Frente al mar...* rompe con este esquema pues pareciera que María Francisca participara de un eterno soliloquio. Sus cartas a Laura no reciben respuesta, salvo dos, la de Laura y la del padre, quien al final de la novela le escribe para contarle que Laura ha muerto. Con ello no hace más que acabarle de romper el corazón a María F. y darle sentido a la soledad que se ha forjado todo el tiempo, que como expresa Angel Nogueira, es la culminación de “una carta de amor que pide la palabra”:

Frente al mar que no te alcanza se configura como un amplio relato, una carta de amor que la poetisa escribe a su propia intimidad donde la palabra otorga su perdón. Helena, sabe, de verdad, contar historias muy hermosas y con el acento afectivo de una liberación (95).

La escritura consagrada en las cartas garantiza la permanencia y la identidad de la novela. Las palabras aglutinadas en ellas son sinónimo de expresión continua. A la vez, se trata de una expresión significativa y significada. La

materia, el lenguaje conciso, da sentido a la novela, —entiéndase, vida de la protagonista— y la expresión, las cartas, conforman su contenido. La hilación entre forma y sentido es real en el texto y la autora la maneja con destreza. Si el contenido de la novela no es más que la expresión de una subjetividad, María Francisca, siendo un personaje menos objetivo, es sí, un personaje consciente de su subjetividad. Al igual que en las *Tristezas del joven Werther*; Goethe escribió sobre las desesperanzas y los desengaños por medio de las cartas que éste escribe, Helena Iriarte se apropia de una forma que sólo puede estar entre los límites de la acción y el drama: la forma epistolar.

Si se anulara el tradicional encabezamiento de la carta y se reunieran en un discurso continuo las melancólicas cavilaciones manifestadas por María Francisca, no quedaría sino un prolongado monólogo, representado en diferentes posturas físicas: sentada, parada, contemplando el paisaje de día o de noche a través de la ventana, paseándose por las estancias de su habitación, meditando y evocando situaciones y recuerdos en voz alta. Su actitud sería la de quien se dirige a otra persona, en este caso, a su hermana Laura para conversar animadamente o para reclamarle su olvido o llorando juntas al recordar momentos felices y momentos tristes de la infancia compartida.

Son innumerables los episodios del género epistolar que se pueden rememorar ejemplificando el soliloquio que caracteriza la forma. La necesidad de hablar, de comunicar facilita que las cartas tengan acogida y sean fáciles de leer. La historia literaria mundial tiene autores que han cultivado el género y han antepuesto sus sentimientos y sus pensamientos por encima de cualquier explicación filosófica, teológica o de cualquier ideología en una forma simple, sensitiva y llena de las pasiones más interiorizadas y poco reconocidas públicamente. El carácter de lo privado y de lo íntimo genera una compenetración mayor entre el locutor y su interlocutor. Igualmente, ronda al género el carácter de confesión. La confesión adquiere relevancia en la medida en que sólo este acto se realiza ante alguien a quien se tiene mucha confianza, se estima y se tiene el respeto suficiente para dar testimonio de las más escondidas pasiones, de los más hondos sentimientos del alma.

Werther confiesa en su carta:

Amigo mío: cuando la oscuridad se cierra sobre mis ojos, y la tierra en torno de mí y el cielo mora en mi alma como la forma de una amante bienamada; entonces a menudo pienso con vehemencia. “Oh si pudiera sólo expresar, si pudiera sólo exhalar sobre este papel todo lo que vive tan plena y cálidamente en ti mismo que pudiera convertirse en el espejo de tu alma..”. (10).

María Francisca escribe a su hermana:

¡Ay Laura! Al hablarte de tantas cosas pequeñas se ensancha la nostalgia que, como las memorias que trato de salvar enlazando palabras, sólo puedo compartir contigo (111).

Esta novela epistolar no es más que la descripción de los afectos de María Francisca. Aquellos lazos que estableció con las personas y con los objetos de su infancia, que sólo a través de la memoria plasmada en las cartas le permiten recuperarlos: la amistad, la pasión, la adoración, el amor, su hermana, la abuela, son los objetos de su ocupación por escribir. Su mente creativa, lúdica y comunicativa le ha permitido maravillarse de los afectos de su realidad y llevarlos a su senectud para acalorarse con ellos en las frías tardes de la soledad.

Bibliografía

- Gómez Buendía, Blanca Inés. “¿Recuerdas Juana? Entre la irrealidad y la memoria del olvido”. *Revista Pluma* 66: 4-7.
- Iriarte, Helena (1989). *¿Recuerdas Juana?*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- _____ (1998). *Frente al mar que no te alcanza*. Bogotá: I/M Editores.
- Jaramillo, Samuel. “Helena Iriarte o las encrucijadas de la irrealidad”. *Magazín Dominical de El Espectador*. (Bogotá, Marzo 25 de 1990): 20.
- Moreno Durán, R. H. “Helena Iriarte. ¿Recuerdas Juana?”. *Revista Quimera* 4 (V-VI 1990).
- Nogueira Dobarro, Ángel. “Laberintos: transcurso por las señas del sentido”. *Revista Anthropos* 181 (Bogotá, IX-XII 1998): 93-95.
- Paz, Víctor. “¿Recuerdas Juana? y el rey de Honka Monka. Dos libros reconfortan el reencuentro con la literatura colombiana”. *Revista Dinero* (Bogotá, Mayo de 1995).